Anuac
Rivista della Società italiana di antropologia culturale

13 (1) | 2024
Anuac Vol 13 No 1 (2024)

“Tenía una mujer, pero nunca la vimos”. Una mirada femenina al auge de la goma elástica (Bolivia, XIX-XX)

“Tenía una mujer, pero nunca la vimos”. A female look at the rise of the rubber (Bolivia, 19th-20th centuries)

Lorena Córdoba

Edición electrónica
URL: https://journals.openedition.org/anuac/683
DOI: 10.4000/1230w
ISSN: 2239-625X

Editor
Società italiana di antropologia culturale

Edición impresa
Paginación: 47-70

Referencia electrónica
Lorena Córdoba, « “Tenía una mujer, pero nunca la vimos”. Una mirada femenina al auge de la goma elástica (Bolivia, XIX-XX) », *Anuac* [En ligne], 13 (1) | 2024, mis en ligne le 30 juin 2024, consulté le 21 janvier 2025. URL : http://journals.openedition.org/anuac/683 ; DOI : https://doi.org/10.4000/1230w

Le texte seul est utilisable sous licence CC BY 4.0. Les autres éléments (illustrations, fichiers annexes importés) sont « Tous droits réservés », sauf mention contraire.

2024 | Anuac. Vol. 13, n° 1, Giugno 2024: 47-70

“Tenía una mujer, pero nunca la vimos”

Una mirada femenina al auge de la goma elástica (Bolivia, XIX-XX)[1]

Lorena Córdoba
University Ca’ Foscari of Venice

Abstract: The extractive rubber boom in Bolivian Amazonia (1880-1920) not only re-configured interethnic relations between indigenous peoples and white settlers but also reshaped the geopolitics of the region, as well as the way in which the Amazon rainforest itself was perceived by the national and international imaginaries. However, the historical and anthropological literature usually presents us with a hyper-masculinised view that tends to ignore or render almost invisible the role of women during the rubber era. Our aim is precisely to describe and analyse the roles played by mestizo and indigenous women in these extractive circuits, in order to reconstruct their agency as protagonists and to render their presence visible as active participants of the rubber industry.

Keywords: rubber industry, extractive industries, indigenous women, Bolivian Amazonia, 19th and 20th centuries

1. Este artículo se enmarca en el proyecto financiado por el programa de investigación e innovación Horizon 2020 de la Unión Europea Marie Skłodowska-Curie GA N°101022640.

El contexto histórico

A fines del siglo XIX, la mayoría de los países amazónicos se volcó con entusiasmo a la explotación y comercialización de la goma elástica: en primer lugar, Brasil, con casi un 80-90% del mercado mundial; luego Bolivia y Perú, con entre un 5 y 10%; finalmente Colombia y Venezuela, con una producción más escasa (Weinstein 1983; Barham, Coomes 1994a: 40-41; 1994b; Córdoba 2019)[2]. Entre 1880 y 1920, este emprendimiento extractivo hizo que la cuenca amazónica – y, en particular, la selva boliviana – se abrieran al comercio internacional y, al mismo tiempo, por primera vez, que las tierras hasta entonces marginales de regiones como el Beni, el Acre o Pando ganaran tanto una posición estratégica en el tablero republicano como una salida logística mucho más directa al mercado global. En efecto, cuando el médico norteamericano Edwin Heath navega el río Beni desde Reyes hasta la confluencia del Mamoré y descubre la conexión entre ambos ríos, la industria gomera boliviana despega exponencialmente (Armentia 1883; Ballivián, Pinilla 1912). Los establecimientos caucheros, así, se propagan velozmente a lo largo de las orillas de los principales ríos y afluentes amazónicos: Madeira, Mamoré, Beni, Orthon, Acre, Madre de Dios, Iténez o Abuná (Villar 2020). La explosión productiva impulsó a su vez una política sistemática de exploración del territorio, de apertura de nuevas vías de comunicación y de consolidación de las fronteras nacionales. Se vuelven comunes entonces las historias de fortunas fabulosas hechas de la noche a la mañana, de montañas de libras esterlinas, de lujos obscenos en medio de la selva profunda:

> Se acumularon enormes fortunas y se registraban reservas aparentemente inagotables en libros y balances. El mundo pedía a gritos goma, más goma y cada vez más goma. Esta fiebre en torno del 'oro negro' también hacía subir las operaciones. Miles de toneladas descendían desde los bosques indómitos por el Amazonas. Se abrían más barracas, se contrataban más trabajadores (Leutenegger 2015 [1940]: 371).

Esta demanda voraz de mano de obra hizo se tradujo en una masiva expansión demográfica. La selva amazónica comenzó a recibir oleadas de migrantes de otras partes de Bolivia, pero también una masa creciente de trabajadores

2. La necesidad de la goma se disparó mundialmente desde el descubrimiento del proceso de vulcanización por Charles Goodyear en 1839, con el consecuente desarrollo de la industria automotriz y el incremento de uso del producto para neumáticos. Aquí tomamos como sinónimos los términos "caucho", "goma" o "siringa" más allá de sus diferencias técnicas, por más que la literatura del período diferencie el "caucho" (*Castilla elastica* o *Castilla ulel*) de la "hevea", "goma elástica" o "goma" (*Hevea brasiliensis* o *Hevea benthamiana*).

internacionales encandilados con la fortuna casi instantánea que prometía el "oro" que manaba de los árboles de caucho.

Los nuevos actores sociales

Aquí no podemos realizar un análisis exhaustivo de la industria de la goma, sino apenas perfilar a trazo grueso el contexto de la llegada de las mujeres a la órbita extractiva[3]. Con ciertas variaciones, la metodología laboral de la industria – llamada "habilito" en castellano o "aviamento" en portugués – sigue actualmente vigente en otras industrias extractivas amazónicas, como la recolección y venta del palmito y las nueces de Pará (*Bertholletia excelsa*). Un "patrón" asigna un territorio determinado a un "gomero" o "siringuero", quien debe rayar (practicar incisiones) en la corteza de los árboles de sus "estradas" o vías de árboles para recolectar la leche del caucho, que luego es ahumada y coagulada en esferas llamadas "bolachas". El patrón adelanta a cuenta al empleado diversas mercaderías (alimentos, ropa, medicinas, armas, herramientas), que el segundo debe pagar al patrón con goma: así, salda parte de su deuda y recibe un nuevo adelanto de mercaderías, y el ciclo del crédito recomienza. Esta modalidad conducía en la práctica a una suerte de endeudamiento permanente del trabajador, y por tanto era llamada asimismo "peonaje por deuda" o "servidumbre por enganche". El patrón tiene derechos exclusivos sobre la compra del producto y la venta de mercadería, y luego transporta la goma a alguna de las firmas caucheras que administraban las barracas, y que comercializaban globalmente el producto.

El testimonio del médico boliviano Elías Sagárnaga nos ofrece una primera visión del funcionamiento cotidiano de la maquinaria laboral de la goma:

> En Rurrenabaque volvimos a palpar la esclavitud, bajo una forma original, como decía el ministro Sr. Montes, *la del crédito*, *comprendiendo a mujeres y peones, a quienes los barraqueros les dan cuanto piden en mercaderías y a precios increíbles*, disponiendo de esa manera de su vida y de su persona a su antojo, no pudiendo ellos fugarse, porque se les persigue y cuando son hallados, los gastos ocasionados por la persecución redoblan la cuenta, a más de ser horriblemente flagelados. Se conforman pues esos pobres seres, en traba-

3. Para información general sobre el auge gomero en la Amazonía, ver entre otros (Weinstein 1983; Barham y Coomes 1994a, 1994b; Paredes Pando 2013). Para estudios específicos del caso boliviano, ver (Córdoba 2015a, 2015b, 2018, 2019; Fifer 1970, 1976; García Jordán 2001; Gamarra Téllez 2018 [2007]; Guiteras Mombiola 2012; Guiteras Mombiola, Córdoba 2021; Roca 2001; Stoian 2005; Vallvé 2010; Van Valen 2013).

> jar toda su vida al lado del amo, cancelándose sus cuentas solo con la muerte (Sagárnaga 1909: 39, resaltado nuestro)[4].

Mientras la industria del caucho crece, se conforman a la vez nuevos tipos de actores sociales. En primer lugar, surgen las grandes empresas comerciales dedicadas a la importación y exportación de la goma, como la Casa Suárez, Vaca Díez, Braillard & Co., Roca, Velasco & Henicke, etc. Estas firmas desempeñan el mismo papel estructural que las *casas aviadoras* de Brasil: adelantan mercadería o dinero en efectivo a los productores a cambio de un compromiso de provisión de goma elástica. En segundo lugar, están los pequeños patrones, que cuentan con sus propias barracas y personal pero no disponen de capital propio, por lo que deben recurrir al mismo sistema de "habilito" que los trabajadores rasos. En tercer lugar, tenemos a los "fregueses", que no tienen tierra ni capital pero sí algún personal a cargo, como por ejemplo los inquilinos de barracas pertenecientes a terceros, que participan igualmente del sistema de adelanto de mercaderías por goma. Finalmente, los peones contratados, que trabajan para un patrón por un sueldo fijo, o bien los siringueros que trabajan para saldar la deuda contraída en mercaderías (Stoian 2005).

Se conforma progresivamente una fuerza de trabajo heterogénea, compuesta por población mestiza, migrantes nacionales y extranjeros, pero también por poblaciones indígenas: Cavineños, Araonas, Caripunas, Trinitarios, Mojeños, Movimas, etc. Las relaciones entre caucheros e indígenas no fueron siempre iguales, ni todos los grupos étnicos reaccionaron de la misma manera ante el avance colonizador que supuso el boom extractivo. Hubo grupos que se comprometieron activamente con la industria, como los Araonas o los Cavineños; otros que tan sólo fueron proveedores de alimentos para las barracas, como los Chacobos; y aquellos otros, como los Pacaguaras y los Caripunas, que oscilaron entre el comercio y el conflicto con el frente extractivo (Córdoba 2015a). Pero, más allá de la eventual estrategia de cada grupo étnico, lo cierto es que la industria promovió una altísima demanda de mano de obra y el explorador sueco Erland Nordenskiöld hace un resumen impiadoso de la situación:

> En Benjamín me preguntan si hay muchos muchachos entre los chácobo. Estimado lector, ¿sabe usted lo que quiere decir eso? '¿Se justifica ir hasta allí y robar esos niños para educarlos como peones?' (…) la presa de los saqueadores son los niños. Cualquiera que conozca los bosques de caucho puede confirmar que esto

4. Hay otros testimonios que señalan que ni siquiera la muerte cancelaba la deuda contraída con el patrón, y que los familiares (cónyuge e hijos) la recibían en herencia. Ver, por ejemplo, para el caso peruano, algunas referencias en (Santos Graneros y Barclay 2002 o Chirif 2004); o bien para el caso boliviano (Leutenegger 2015 [1940]).

> es cierto. Yo mismo he conocido un hombre bastante agradable y apacible que ganaba su buen dinero con este tipo de caza (...) Justificaba su comportamiento en que esos indios de la selva no eran cristianos como él. Otro blanco que conoce muy bien los bosques de caucho, una vez, al tiempo que condenaba estas infamias, me dijo encogiendo los hombros: "*Sin indios no hay industria del caucho*" (Nordenskiöld 2003 [1922]: 124, resaltado nuestro).

En efecto, las poblaciones nativas eran el proveedor principal de la mano de obra cauchera. Son las que trabajan en las estradas cotidianamente rayando goma, los capataces de las barracas, los navegantes conocedores de los ríos y las cachuelas, las que realizan el micro-trueque de mercaderías por cultivos para sostener a los trabajadores.

La contribución laboral indígena a la industria gomera boliviana está relativamente bien documentada (Vallvé 2010; Van Valen 2013; Córdoba 2015b; Guiteras Mombiola, Córdoba 2021). Sin embargo, persiste un sesgo que aquí procuramos analizar. Por lo general, la literatura del período traza la imagen de un paisaje selvático y una industria extractiva representados a partir de una mirada que podríamos llamar hiper-masculinizada. El siringuero que raya penosamente la goma en la estrada selvática, el patrón de la barraca, el capitán del vapor que transporta la goma y el barón cauchero que amasa su fortuna son siempre varones. Poco o nada sabemos de las mujeres criollas, europeas o indígenas involucradas de una u otra forma en la maquinaria cauchera: desde las picadoras que extraían la materia prima en la selva profunda hasta las compañeras de los caucheros, o la dama europea que dirigía la barraca u organizaba eventos sociales en los clubes del norte boliviano. En la percepción canónica de la historia gomera, la mujer aparece representada como un actor menor, transparente, olvidado, casi invisible, relegado o en el mejor de los casos anónimo o mencionado de forma lateral, oblicua o indirecta. Esta misma percepción es la que tenemos al observar las fotografías e imágenes de la era del caucho: oculta, a lo lejos, sin nombre propio y a veces hasta sin rostro identificable, la mujer de la goma elástica ha pasado casi totalmente desapercibida para la historia de la región.

La regla, sin embargo, es desafiada por algunas excepciones notables. Una de ellas es la británica Elisabeth Hessel; "Lizzie", como firmaba sus misivas; o "La reina del Orthon", tal como ella misma se calificaba en sus momentos más eufóricos. Se trata del único testimonio que narra por escrito la experiencia femenina en una barraca cauchera de Bolivia y recoge observaciones realizadas de primera mano en el terreno sobre la vida cotidiana, la domesticidad o los problemas prácticos que debían enfrentar diariamente los caucheros. En 1985

sus descendientes publican un libro que compila las cartas que durante tres años (1896-1899) Hessel había enviado a su familia inglesa desde su salida hacia América hasta su muerte (Morrison *et al.* 1985). Luego de casarse con Fred Hessel y que éste fuera contratado por The Orthon Rubber Company (la firma del famoso cauchero boliviano Antonio Vaca Diez), ambos parten hacia el Amazonas en 1896 para administrar una de las barracas de la compañía en el río Orthon. Del escrito de Hessel nos interesa rescatar varios puntos. En primer lugar, que anota el nombre de otras damas bolivianas que viven en la selva, como la propia mujer de Carlos Fitzcarrald, Aurora Velazco, a quien conoce en el centro gomero de Mishagua. Hessel consigna en sus cartas la manera en que gobierna con mano firme la empresa y el duro trato que la patrona que reserva para los trabajadores indígenas:

> Tres de los esclavos de esta casa, dos niñas y un niño, escaparon hace poco, pero los cazaron y los trajeron de vuelta. Los encadenaron esa noche y al día siguiente los golpearon hasta que quedaron tan agotados que no lloraron más, con la señora Fitzcarrald [Aurora Velazco de Fitzcarrald] mirando todo el tiempo. Es una bestia: estaba tan enferma que tuve que salir de la casa. Ahora los encadena todas las noches a su cama. Ella misma golpea a todos sus sirvientes aproximadamente una vez a la semana (Morrison *et al.* 1985: 71-72)[5].

Hessel también narra las vicisitudes de la vida social en tiempos gomeros y los agasajos organizados en plena selva para reproducir, en la medida de sus posibilidades, las opulentas fiestas y comidas de la ciudad, la adopción de animales salvajes como mascotas exóticas y las costumbres de la rutina diaria en la selva. Deseosa de marcar su estatus social, describe asimismo sus paseos con la mujer del capataz o su distancia respecto de las "esposas sin papeles" de algunos de los trabajadores, pero también la compra de una niña indígena como criada. Hay que entender, aquí, que Hessel responde a los ideales de lo que podríamos llamar la alta sociedad o aristocracia gomera, que incluía a aquellas mujeres que gozaban de una posición social y/o económica sobresaliente en las ciudades de Riberalta, Trinidad o Santa Cruz de la Sierra. En los documentos aparecen algunas viñetas celebratorias de esas mujeres eminentes por sus relaciones maritales o familiares; o, en otras palabras, de las compañeras, parientes y esposas

5. Antes de llegar a la barraca boliviana en el río Orthon, el matrimonio se instala varios meses en Mishagua, en la casa central del conocido industrial y cauchero peruano Carlos Fermín Fitzcarrald. Los Hessel aguardan a encontrar una embarcación que los lleve al río Orthon. Estando todavía en la barraca peruana, Fred y Lizzie se enteran del naufragio y muerte de Fitzcarrald junto a su socio boliviano, Antonio Vaca Diez.

de los grandes caucheros[6]. Las noticias de la época las describen mayormente desligadas de la rutina extractiva, viviendo en la ciudad, en la sede de la empresa o a lo sumo en la barraca central, organizando – como Lastenia Franco o la propia Hessel – un calendario de eventos sociales como recepciones, bautismos o bailes de Carnaval: el caso paradigmático es Judith Arias, esposa del todopoderoso Nicolás Suárez, o sus propias hijas Esperanza o Lutgarda[7].



Fig. 1: Emilia Bickel de Hecker, Adela de Sonnenschein y otras mujeres en Carnaval. Riberalta, principio de siglo XX. Fuente: © archivo privado Hecker Rojas, álbum n.°5, Riberalta

Finalmente, existen otros dos textos producidos por mujeres que no revelan mayores detalles sobre la participación femenina en la industria, ya que su atención se concentra fundamentalmente en la vida en las grandes orbes que posibilitaba las ganancias de sus familias. Por un lado, contamos con el diario de viaje de Amelia Toledo Roca en 1894, que embarca junto a su marido

6. En particular, nos referimos a las publicaciones de la época como las revistas *Moderna* (Cachuela Esperanza) o *Moxos* (Beni), o periódicos como *La Gaceta del Norte* (Riberalta) o *La Voz del Beni* (Trinidad).
7. Ver, por ejemplo, las referencias a la vida de las mujeres de la familia Suárez en (Fifer 1970; Córdoba 2015a).

Crisanto desde Santa Cruz hacia París, que detalla la vida social en la travesía y las relaciones sociales del período (Toledo 2014). Por otra parte, están las memorias del artista británico Cecil Beaton, que publica un pequeño diario privado de su tía Jessie Sisson en su viaje a la Bolivia de 1890: casada con el diplomático Pedro Suárez, sobrino de Nicolás Suárez, Sisson rememora su viaje al Beni pero sus escuetas anécdotas hablan sobre todo de la vida social en La Paz, de las fiestas e incluso de las infidelidades de su esposo, limitándose a la faceta más glamorosa de la era extractiva (Beaton 1971).

Las trabajadoras invisibles

Comencemos justamente con la cita que da origen al título de este artículo, extraída del diario de viaje del ingeniero americano Neville Craig:

> Sabíamos que Arauz tenía a su mujer en Caldeirao do Inferno, porque la mano de ella era evidente en los pequeños detalles de nuestra estadía; *pero nunca la vimos*. La esposa de Mercado estaba con él en San Antonio, donde construyó una casa. La esposa de Oyola estaba ausente en un viaje largo y tedioso para visitar amigos y *conseguir peones* (Craig 1907: 252, resaltado nuestro).

En las barracas selváticas la mayoría de las mujeres son criollas, mestizas o indígenas. Emulando a San Jerónimo, el viajero español Ciro Bayo las llama "esposas sin boda" y, en efecto, en las crónicas de la época aparecen calificadas como "amantes", "mancebas", "queridas", "bushwives" (esposas de monte) o hasta "odaliscas del barraquero":

> La población del Madre de Dios no pasa de 2500 almas, incluyendo los salvajes reducidos (…) El hogar propiamente cristiano no existe, y el sentimiento de moralidad está casi perdido entre la gente común. La mujer está en la degradación pagana. Suelen traerlas de los pueblos de Santa Cruz y Mojos y distribuirlas a los peones que no las tienen, como cualquier mercadería. Algunas mujeres salvajes recientemente traídas de sus aduares han merecido también esta honrosa distinción (Paz 1895: 57).

Como para no dudar de la representatividad de este tipo de informaciones, el coronel británico Percy Fawcett nos ofrece al respecto otro testimonio notable:

> El administrador de la barraca Santa Rosa era un francés, de buena familia, que se consolaba de la monotonía de la vida con su harén de cuatro hermosas indias (…) nos detuvimos en la barraca de un indio tumupasa llamado Medina, que había hecho fortuna con el caucho. En este lugar inmundo Medina tenía una hija que era una de las indias rubias más hermosas que he visto: alta, de rasgos delicados, pequeñas manos y cabello rubio y sedoso. Suficientemente hermosa como para adornar una corte real, esa niña espléndida estaba destinada al harén del administrador de Santa Rosa, languideciendo como quinto miembro del serrallo del emprendedor francés (Fawcett 1954: 135).

Bayo incluso rememora el "harén" de su empleador ocasional, el célebre cauchero Nicanor Salvatierra, quien tenía tantas mujeres como doncellas hermosas iba criando en su barraca, repleta de mujeres indígenas que picaban la goma: "Toda niña araona núbil y hermosa, pertenecía, por derecho de pernada, al señor de la barraca" (Bayo 1927: 301)[8].

Hay, sin embargo, otros testigos de la época que registran con mayor detalle no sólo los nombres de las mujeres barraqueras sino también su experiencia cotidiana. Una de las mejores fuentes que hemos encontrado hasta el momento para acceder a la vida femenina en las barracas es el libro del cauchero suizo Ernst Leutenegger. Como muchos otros jóvenes extranjeros, el joven suizo se embarca en Le Havre en busca de aventuras con apenas veinte años y un contrato para trabajar en la compañía Suárez Hnos. en Cachuela Esperanza. Pasa seis o siete años en Bolivia, luego regresa a Europa y se casa en 1914 con Esperanza, la hija de su empleador: el famoso barón gomero Nicolás Suárez (Córdoba 2015a). Su libro de memorias solamente abarca las impresiones de sus primeros años en Bolivia. Además de desplegar una observación del detalle casi etnográfica, es uno de los pocos cronistas que registra los nombres y apellidos de los hombres y mujeres que a lo largo de los años conoce en las barracas. Pero no sólo eso. Su propia historia es quizá el mejor ejemplo de la convivencia con una lavandera, a quien pronto convierte en su pareja y amante:

> Mi lavandera se llamaba Rosalía. Lavaba bien la ropa y nunca exigía demasiado de mí. Era alta y esbelta. Años antes, su marido la había golpeado así que ya no tenía dientes delanteros. No sólo lavaba mi ropa, sino que yo también la cortejaba (…) Un día Rosalía lloraba tanto que me partía el corazón. Le pregunté el motivo y dijo que la mandarían como cocinera a Villa Bella. Monté en cólera; un cuarto de hora después hablé con mi jefe y, al día siguiente, me transfirieron las deudas de Rosalía: ahora ella era libre y me pertenecía (Leutenegger 2015 [1940]: 241).

8. En el Putumayo peruano, el comerciante británico Joseph Woodroffe también registra este tipo de trato al evocar una habitación llamada "El convento", en la que dormían únicamente las concubinas de los trabajadores gomeros: "Naturalmente, estos arreglos rara vez se basan sobre un auténtico afecto mutuo ni buscan una domesticidad genuina. Muy raramente se consulta a la mujer por sus deseos, y se le ordena ir a las instalaciones del hombre que tiene permiso para tomarla. Se desprende fácilmente de ello que la joven indígena, si comete alguna falta, tenga poco respeto por su amo, pero un miedo muy real por su látigo" (Woodroffe 1914: 137-138, véase también Collier 1981). El propio cónsul Roger Casement reporta asimismo otro caso de un capataz en La Chorrera: "Le dieron nueve mujeres diferentes como 'esposas' en momentos diferentes en las varias estaciones en las que sirvió. Cuando un empleado 'casado' de esta manera dejaba la estación en la que trabajaba para ser transferido a otro distrito, a veces se le permitía llevar a su esposa india, pero a menudo no" (Informe de Roger Casement del 31 de enero de 1911, cit. en el Libro Azul Británico 2011: 60).

Cuando el suizo es destinado como administrador de la barraca Almendros, en el río Geneshuaya, lo acompaña Rosalía. Pero las cosas no terminan bien porque, según el propio Leutenegger, Rosalía comienza a comportarse como "patrona" o "mujer del patrón":

> No es que ella hubiera cambiado el sencillo *tipoy* (túnica) de las indígenas por la blusa y la falda, como hacían muchas indígenas cuando vivían con un europeo (...) Un cierto grado de tolerancia por mi parte tuvo un efecto pernicioso, y cuando un día un criado me llevó la contraria con la respuesta: 'La patrona doña Rosalía ordenó otra cosa', pronuncié mi primera amonestación seria. Rosalía supo escurrir el bulto algunas semanas hasta una segunda y última amonestación, que incluyó la instrucción de empaquetar sus cuatro cosas y prepararse para el primer vapor que apareciera y la llevara de regreso a Cachuela Esperanza (Leutenegger 2015 [1940]: 310).

El punto final de este romance es cuando Rosalía emplea los servicios de una bruja para convocar el retorno del amor del joven suizo, y el hechizo es descubierto nada menos que por unas hormigas que encuentran "un atado de cabello negro, paja de arroz, dientes de caballo, un escarabajo, todo envuelto en papel con cuatro bolsitas de sal, arcilla roja, una rana muerta, uñas cortadas, granos de café y un ala seca de murciélago" (Leutenegger 2015 [1940]: 312). Como resultado, Rosalía fue enviada nuevamente como cocinera a Cachuela Esperanza.

Alfredo Ulmer, uno de los administradores de Cachuela Esperanza que de hecho había sido quien reclutó al propio Leutenegger en Europa, también convivía en la barraca "con una indígena alta y guapa que había hecho traer del río Iténez. Se llamaba Espíritu y, como amante del jefe, reinaba de manera absoluta sobre la población de Cachuela Esperanza. Los europeos se sacaban el sombrero delante de ella y sonreían con sumisión. Reinaba en Cachuela como Madame de Pompadour lo hizo en la corte francesa" (Leutenegger 2015 [1940]: 240-241).

Cuando Leutenegger llega a la barraca Almendros, debe trabajar asimismo con el administrador saliente, el alemán Juan Calzow, quien según los directivos en la sede de la empresa estaba "perdido": "ya no se siente a gusto entre los europeos, no quiere regresar a la civilización, se ha vuelto un nativo" (Leutenegger 2015 [1940]: 262)[9]. Al momento de hacer la contabilidad sobre las deudas de cada indígena, Leutenegger se encuentra con Luisa Yanamo, una mulata de tez oscura, hija de un padre negro y madre indígena, que era la pare-

9. Existen diversos relatos sobre esta dicotomía civilización/barbarie a lo largo de toda la Amazonía, siendo una suerte de lugar común la posibilidad de encontrar europeos perdidos en la selva o hasta mujeres indígenas devenidas europeas (ver, por ejemplo, Bayo 1911; Pau 2019).

ja de Calzow: “Deja que se vaya, es mi mujer o cocinera o lo que usted quiera”. Cuando Calzow abandona la barraca y parte hacia la ciudad no quiere llevarse a Luisa, pero salda su deuda con la empresa para que su ex compañera sea libre de irse o quedarse. En cambio, sí se lleva consigo al hijo de ambos de dos años, Juanchiño, al que Luisa despide entre lágrimas. Finalmente, Luisa decide quedarse trabajando en la barraca como cocinera y, al poco tiempo, contrae nuevas deudas, así que meses más tarde Leutenegger la casa con un joven indígena muy trabajador que se hace cargo del endeudamiento: “De modo que ella nuevamente era libre y sólo tenía que ayudar gratuitamente en la siembra, en la cosecha y la gran limpieza de la barraca” (Leutenegger 2015 [1940]: 283).

Otro alemán, Hans Hauschild, era el almacenero en jefe de Cachuela Esperanza y muy estimado por todos por su carácter alegre y jovial. Sin embargo, tuvo la desgracia de caer bajo los hechizos de doña Espíritu, la mujer de Ulmer, quien en una fiesta los sorprendió in fraganti: el desliz le valió la rescisión de su contrato antes de tiempo y el regreso a Alemania sin boleto pago. Hauschild también tenía una mujer indígena en la sede comercial, la pequeña Melchora, con quien tenía un hijo de dos meses y lloraba la partida imprevista de su amante. Al despedirse en el puerto, Hauschild toma un puñado de libras de oro de su bolsillo y se las da a Leutenegger: “Tome, ayude un poco a la chica y, si el niño muere de la fiebre, escríbame a Hamburgo”. El pequeño murió a los dos años de edad (Leutenegger 2015 [1940]: 260).



Fig. 2: “Fábrica de chicha en Baures”, 1900.
Fuente: © *Historische Fotos Aus Bolivien*, Instituto Iberoamericano, Berlín

De forma todavía más difusa, también encontramos en las fuentes y las fotografías de la época a aquellas otras mujeres criollas, mestizas o indígenas que no sólo habitaban en la barraca, sino que trabajaban en la propia extracción de la goma: las picadoras, por supuesto, pero también las lavanderas, hilanderas, parteras, aguateras y cocineras. Con excepción de unos pocos casos, un rasgo llamativo de estas mujeres es el anonimato. El escritor Juan Bautista Coímbra las describe de forma pintoresca: "Las mujeres, casi desnudas, diariamente lavadas, el pelo aceitado y aromado con balsamina y esencias del monte, crecían robustas y esquivas, rematadamente montaraces. Trabajaban en todo y no temían a nada. Agarraban los sapos de una pata y aplastaban con el talón a las tarántulas" (Coímbra 2016 [1946]: 138). Así que de nuevo debemos recurrir a Leutenegger y a su pluma generosa para brindarnos mayores detalles sobre la vida de las mujeres en las barracas. Sabemos de las penurias de las concubinas Luisa, Melchora y Rosalía, madres de hijos reconocidos por caucheros extranjeros. Veamos, ahora, un pasaje sobre la vida de Heremegilda, mujer de Deudato Duri, un indígena que trabajaba bajo las órdenes del suizo en la barraca Almendros. De ella sabemos que ayudaba a su marido a picar goma, y que ambos marchaban al amanecer hacia las estradas de siringa con un pequeño machete a la cintura. A la tarde, Heremegilda se encontraba con su marido con los dos baldes de leche que había sacado de sus trescientos metros de árboles para comenzar juntos el proceso de ahumado. Estando embarazada durante su último mes de gestación, jamás cambió su rutina laboral hasta un día en que su esposo la vio regresar temprano: "Hoy no he podido traer toda la lecha de goma, pero te he traído un hijo; llegó de pronto debajo un gomero". Leutenegger pregunta entonces a Heremegilda cómo hizo para dar a luz sola en el bosque:

> —Con ése ahí [pequeño machete] he dado a luz sola a todos mis hijos. Al Deudato siempre lo mando fuera cuando siento que ha llegado el momento; ¡pues no se necesita un hombre para estas cosas, no se necesita nada más! A Heremegilda ni se le ocurría venir a la barraca a recuperarse; iba a sus árboles, cargando al recién nacido sobre el pecho en una especie de hamaca, y acarreaba la leche de goma de su viaje diario por los malos senderos de la selva, ¡de ocho a diez kilómetros cada día! (Leutenegger 2015 [1940]: 304).

Guías, intérpretes, exploradoras

Con el boom, por una vez, el Oriente boliviano se coloca a la par de las tierras altas de Bolivia en la generación de ingresos económicos. Además de la transformación demográfica, la explotación de la goma elástica es la fuer-

za motriz que impulsa el establecimiento sistemático de fortines, misiones, aduanas, ciudades, pequeños poblados y centros comerciales. Para colonizar ese territorio hasta entonces desconocido, comenzó una serie de exploraciones, expediciones cartográficas y prospecciones hidrográficas destinadas a describir y conocer mejor lo que hasta entonces era despreciado como un espacio salvaje. En este contexto se patrocinan aquellos viajes exploratorios a las porciones desconocidas del Oriente, y también se impulsa la moderna navegación a vapor, se gesta la implementación de una infraestructura de comunicaciones que sostenga el crecimiento económico y se aprueba paulatinamente la legislación que avala la colonización del territorio (Roca 2001; Córdoba 2015a; Villar 2022).

Muchas de las comitivas que buscan documentar el potencial económico de la selva amazónica son seculares, como las de José Manuel Pando, quien en 1892 emprende la expedición para estudiar el río Beni y su confluencia con el Madre de Dios con la idea de formar una "colonia industrial" (Pando 1897: 25). O bien aquellas expediciones que llevan adelante los caucheros Timoteo Mariaca y Víctor Mercier en busca de nuevas tierras con árboles de goma, cuyos resultados publican detallando las rutas, los peligros o los ríos por los cuales van navegando (Mariaca 1909). Otras expediciones son emprendidas por religiosos como fray Nicolás Armentia, misionero del Colegio de Propagando Fide de La Paz, que en los mismos años recorre de manera exhaustiva los ríos Beni, Madre de Dios, Orthon, Tahuamanu y Manuripi (Villar 2022). Sin dejar de lado la agenda republicana de demarcación limítrofe, el franciscano obtiene información de primera mano sobre la hidrografía, la flora y la fauna, y asimismo sobre las diversas tribus indígenas que habitan la región. Las expediciones de Armentia contaban con el patrocinio económico del gobierno boliviano, así como también con la logística en el terreno prestada por diversos actores caucheros: Antenor Vázquez, los hermanos Suárez, Antonio Vaca Díez, Timoteo Mariaca, Víctor Mercier, etc.

Pero, una vez más, lo que nos interesa rescatar de esas expediciones es el papel que desempeñaron las mujeres en ellas, si es que las hubo y si es que aparecen en las crónicas. El primer caso es el relato que publica Timoteo Mariaca al explorar la selva del norte boliviano para la Casa Richter. Mariaca parte de Irapapa en compañía de Luis von Atcken, Juan Salvatierra y dieciséis mozos más, desembarcando en San Buenaventura. A primera vista no parece que hubiera mujeres en la expedición; pero, sin embargo, luego de una terrible inundación, Mariaca anota que mandó a una delegación de cuatro muchachos

araonas y *dos mujeres* cavineñas al Alto Abuná, a fin de procurar contactarse con otras tribus indígenas que los pudieran aprovisionar de alimentos (Mariaca 1909: 12). También consigna que, en la comitiva que parte hacia el Acre al mando del coronel Labre acompañado por Víctor Mercier, su socio, además de todo el personal expedicionario marchan como cargadores ayudantes de la tribu Capa, Manuela Quiñay y Juana Bautista Coamiri (Mariaca 1909: 20). En noviembre de 1887, asimismo, escribe que, cuando Mercier regresa del Acre tras explorar los afluentes del Abuná, entre su comitiva figuran los acompañantes "Santos Cortez, Anastacio Racua, Epifanio Quino, Gregorio Chapunari, Francisco Dura, Enrique Cano (los dos últimos eran bárbaros) y de las mujeres *Tomasa Inje*, *Eloisa Quiñajati*, *Candelaria Ticatu* y *María Sava*" (Mariaca 1909: 23, resaltado nuestro).

Un segundo ejemplo que podríamos tomar para poner de manifiesto la presencia femenina en las expediciones selváticas son los prolíferos escritos de Nicolás Armentia, que detalla el nombre de sus guías y acompañantes de sus expediciones, así como los sinsabores que ocurren en cada una de ellas. Armentia recorre durante casi diez años la mayoría de los ríos del norte boliviano, dejando no solamente trazada gran parte de la hidrografía del norte boliviano sino también valiosos apuntes sobre la lingüística y la antropología de las sociedades indígenas de la región. Así, entre 1881 y 1886 se dedica a recorrer los ríos Madre de Dios, Beni, Orthon, Madidi, Madera y Mamoré, mientras diversas instituciones y conocidos financian las publicaciones de sus hallazgos en sus diarios. Es en la misión de Cavinas donde Armentia encuentra a otro franciscano, el padre Ciuret, que le presenta una indígena pacaguara del Madre de Dios, María Manabi, que tiene parientes en Mamorébey, sobre el río Beni, y por tanto se ofrece para hacerle de intérprete y de guía (Armentia 1883: 20). En su segundo viaje a este poblado, Armentia lleva como guías a Francisco Divico y a la pacaguara Arabi, dado que María ya había muerto de fiebre en la selva. Arabi deja a su hijo de seis años a cargo de Avelina Guardia, la mujer del cauchero Antenor Vázquez, para seguir al fraile en su viaje (Armentia 1883: 40). En otro pasaje de sus diarios, Armentia anota que utiliza a otra indígena pacaguara, llamada Ini, hermana de Arabi, que para entonces también había muerto ya de malaria en el río Beni. La pobre Ini también estuvo casi al borde de la muerte, pero a pesar de salvarse pierde no obstante a un hijito pequeño al regresar a la selva para buscar los manuscritos lingüísticos que Armentia había perdido en una expedición anterior: "La infeliz lo enterró sola, cavando la tierra con las manos, ayudada de algún palito, pues carecía de

todo" (Armentia 1883: 73). En esos vocabularios, sabemos que Arabi también había sido una de sus informantes, dado que el religioso consigna que lo había ayudado a anotar casi doscientas palabras de la lengua pacaguara.



Fig. 3: "Mujeres de la región de la bahía del río Madeira".
Foto Emil Bauler, 1908-1911. Fuente: © archivo privado Wolfgang Wiggers, Alemania

Conclusión: hacia una antropología histórica de la mujer cauchera

Si leemos las fuentes históricas y en los relatos de viajeros con atención, comprobamos que siempre aparece alguna referencia más o menos velada a ese ejército de mujeres que trabajan en o alrededor de las barracas y los centros gomeros; sin su participación, al contrario de lo que sostiene la lectura canónica hiper-masculinizada, mal podría el siringuero adentrarse en la peligrosa selva. Así, por ejemplo, un testigo confiable como el viajero italiano Luigi Balzan, que recorre la región amazónica boliviana entre 1892 y 1894 y publica varios escritos al respecto en el *Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana*, anota:

> Los habitantes civilizados de Reyes son generalmente ociosos. Los hombres, o son gomeros que vienen por algún negocio y pasan el tiempo en dar vueltas de casa en casa a menudo emborrachándose; o están establecidos en el pueblo como estancieros y entonces se abandonan completamente al ocio, al aguardiente, al juego y hasta las peleas de gallos. Las mujeres, en general, se dedican al pequeño comercio, venden azúcar, manteca, alguna vez pan y velas que fabrican ellas mismas sumergiendo varias veces en el cebo la mecha de algodón (Balzán 2008 [1885-93]:173).

Balzan no sólo reporta entonces la presencia de las mujeres sino que intuye su importancia demográfica pero, "al citar las barracas, di siempre el número

de hombres que trabajan en las estadas; sin embargo, para calcular aproximadamente la población, es necesario duplicar este número para incluir las mujeres, los empleados, etc." (Balzán 2008 [1885-93]: 219). Entonces, aun en un testimonio que reconoce explícitamente su existencia, resulta imposible obviar que algo del sesgo se mantiene: las mujeres deben ser supuestas, deducidas, calculadas a partir de los hombres.

¿Cómo es que han podido pasar desapercibidas todas esas mujeres que acompañaban a sus familias o cónyuges, que trabajaban la goma, que interpretaban o guiaban a las expediciones, que cocinaban o hacían la "gran colada" en el río lavando la ropa? ¿Y cómo comenzar entonces a dar cuenta de su participación? Un trabajo pionero que busca contrapesar el sesgo de la mirada hiper-masculinizada del período gomero es la tesis de la historiadora brasileña Cristina Scheibe Wolff, que analiza la actuación de las mujeres en los siringales brasileños del Alto Juruá (Scheibe Wolff 1999, 2011). La autora observa esta misma ausencia femenina y formula la pregunta: "¿Cómo investigar sobre mujeres que 'no existían'? (…) Poco a poco empecé a ver qué mujeres eran esas que no existían. Había indígenas, había prostitutas, algunas esposas de patrones, historias de mujeres compradas y vendidas, crímenes pasionales" (Scheibe Wolff 2011: 24). De forma similar, luego de examinar las principales fuentes históricas del período, podemos aventurar algunas líneas de respuesta para el caso boliviano.

En primer lugar, es evidente que el papel de la mujer no fue uno solo, ni menos aún un papel claro, nítido u homogéneo, sino que es preciso hablar de los múltiples roles y papeles. Hay sectores o clases en las cuales las mujeres más acomodadas se dedican mayormente a la vida social. Hay, sin duda, esposas con y sin papeles: mujeres criollas, indígenas y europeas que viven en la selva. Pero también hemos encontrado otras mujeres que son las que efectivamente hacen funcionar las barracas: desde las siringueras que trabajan día y noche en las estradas gomeras hasta las patronas de barracas que administran diariamente el centro gomero, imparten castigos a los trabajadores y se ocupan incluso de captar mano de obra; o desde las que acarrean agua cuatro veces al día para que otras cocinen la comida de los siringueros, hasta aquellas otras que ofician de parteras y facilitan los nacimientos en plena selva, o bien las que son hechiceras y buscan paliar los males físicos o de amores, o hasta las prostitutas de ciudades caucheras como las de Manaos, que muchas veces llegan de Europa, o sus contrapartes de localidades más modestas como Trinidad o Riberalta, a las que Bayo llama "indias horizontales", pagadas en

ambos casos – sin embargo – con libras esterlinas (respectivamente, Woodroffe 1914: 15; Bayo 1911: 281). Finalmente, encontramos otra serie de mujeres que orbitan alrededor de la maquinaria extractiva: en Reyes como vendedoras de azúcar, pan y velas que fabrican ellas mismas, o como encargadas de enganchar nuevos trabajadores indígenas para las plantaciones de goma tal como observa el ingeniero Craig al referirse a la mujer de Oyola. Más allá de la asimetría evidente – porque una cosa es la vida confortable de las tertulias urbanas y otra muy distinta la rutina de una Heremegilda pariendo sola en plena selva –, la primera constatación es, pues, la diversidad y pluralidad de los roles femeninos en la industria cauchera.

En segundo lugar, surge como un hecho incontrastable la propia violencia que muchas veces implicaba la participación femenina. No solamente en el caso de las mujeres que practicaban el demandante oficio de atender diariamente las estradas gomeras, de las indígenas raptadas para proveer mano de obra, o de aquellas otras que eran prostituidas, sino asimismo, como hemos visto, en el caso de las “esposas sin papeles” que tenían hijos reconocidos que luego muchas veces eran llevados por el padre u olvidados sin más. Naturalizada por casi todos los actores del período como consecuencia colateral de la ausencia del Estado en la jungla amazónica, la violencia era moneda común y colocaba a las mujeres como el eslabón más débil de una cadena constante de agresiones. Los crímenes pasionales eran frecuentes, y el propio Leutenegger relata que debió oficiar de juez, testigo y verdugo en la barraca Almendros cuando la siringuera Juana fue asesinada por su esposo Nicolás García, que en un ataque de celos le dispara a quemarropa acusándola de serle infiel. Se salva de milagro la hijita de diez meses que Juana tenía en sus brazos – que a la postre sería adoptada por el suizo—, mientras que el asesino es apresado y esposado. El suizo reporta con frialdad los hechos a la casa central de la firma, toma testimonios en la barraca para que los testigos cuenten su versión de los hechos, y espera que llegue alguna autoridad a impartir el veredicto. Al mismo tiempo, lo atrae la idea de ajusticiar personalmente al asesino para no ser percibido como “débil” por sus trabajadores. Sin embargo, esa misma noche, el drama se resuelve cuando el hermano de la víctima deja cerca suyo un fúsil cargado para que se suicide, y así lo hace (Leutenegger 2015 [1940]: 355).

> De mi informe cuidadosamente redactado, que mencionaba hasta el último de los detalles sobre el asesinato y el suicidio de Nicolás García, ni siquiera recibí un acuse de recibo de las autoridades competentes en Riberalta. Probablemente pensaron que el asunto había tenido una solución oportuna cuando García se ejecutó a sí mismo. No se interrogó a los testigos, y todas

> las declaraciones escritas firmadas con tres pequeñas cruces sin duda aterrizaron en la papelera de algún juez mundano.

Otro caso más famoso, que incluso motivó artículos en la prensa nacional, informes diplomáticos y hasta una novela, es el de la esposa de Frédéric de Menditte. El matrimonio francés es contratado para trabajar en una barraca del río Madidi a las órdenes de un compatriota, Albert Mouton, famoso por su disposición violenta: luego de un tiempo Mouton toma como amante a la joven y, el 13 de febrero de 1896, mientras ambos almuerzan, son asesinados a balazos por el propio Menditte[10]. Tal vez la violencia que rodea a las mujeres sea entonces una de las causas latentes por las cuales la historiografía cauchera silencia de forma llamativa la participación femenina en el escenario extractivo.

La tercera evidencia con que nos topamos es que, aun cuando el análisis de las fuentes demuestra que efectivamente había infinidad de mujeres participando de la industria gomera, en los escritos, en las fotografías o en los diarios de la época dicha presencia no es reportada de forma sistemática y el universo femenino es más bien relegado del imaginario oficial de la era de la goma elástica. La imagen canónica es la del colono cauchero varón que con valentía combate la geografía indómita, la flora y la fauna salvaje, la malaria y los ataques indígenas. Sin embargo, en este trabajo hemos demostrado que falta redireccionar nuestra mirada para contrapesar ese sesgo y valorizar la participación de las mujeres en la industria extractiva y comenzar a diagramar una nueva historia: una que debe dar cuenta de la experiencia femenina tomando en cuenta las relaciones de género como categoría de análisis relevante (Scott 1996).

No es que no había mujeres, entonces, que no estaban o que no se conocían: es que, más bien, nadie parecía estar mirándolas. Pero, al mismo tiempo, hemos comprobado que no sólo se trata de esbozar una mirada genérica sobre las mujeres en tanto tales, sino a la vez de esbozar la tarea mucho más complicada de develar las múltiples categorías de identidad que a menudo se superponen en cada una de ellas: mujer de selva/ciudad, nativa/inmigrante, mujer libre/

10. Sobre Mouton y la violencia en la época del caucho, ver Córdoba, Villar 2015. A juzgar por la información de los juzgados brasileños, en la frontera del país vecino la situación no era muy distinta: "Muchas historias que comenzaron con una intensa pasión terminaron en tragedia. Crímenes pasionales en las plantaciones de caucho en Amazonas ocurrieron con frecuencia significativa, y tal hipótesis se justifica por los numerosos casos encontrados en el almacén del *Forum Enoque Reis* en la ciudad de Manaos, que son documentos seguidos de solicitudes de habeas corpus, hechas por los abogados de los acusados, y muchos de ellos trataron de exonerar a los acusados, alegando legítima defensa del honor" (Lopes Lage 2010: 107).

con deuda, europea/indígena/criolla, patrona/siringuera/trabajadora/esclava, esposa/amante/manceba/prostituta, etc. Al momento de emprender cualquier análisis, así, no podemos perder de vista que todas estas intersecciones de variables diversas conforman la sustancia misma de nuestra investigación. Quizás el objetivo final del trabajo sea entonces justamente ése: volver a redirigir la atención sobre las diversas mujeres caucheras, mirarlas, leerlas, observarlas, tratar de escuchar con atención su testimonio, comenzar a recuperar sus nombres, sus biografías y sus historias, para que cobren entidad real en ese pasado nostálgico que parece eludirlas sin concederles la dignidad de reconocer el papel activo que, sin duda, desempeñaron.

REFERENCIAS

Armentia, Nicolás, 1883, *Diario de sus viajes a las tribus comprendidas entre el Beni y el Madre de Dios y en el arroyo Ivon en los años de 1881 y 1882*, La Paz, Tipografía religiosa.

Ballivián, Manuel V., Casto Pinilla, 1912, *Monografía de la Industria de la Goma Elástica en Bolivia*, La Paz, Dirección General de Estadística y Estudios Geográficos.

Balzan, Luigi, 2008 [1885-93], *A carretón y canoa. La obra del naturalista Luigi Balzan en Bolivia y Paraguay (1885-1893)*, La Paz, IFEA/IRD/Embajada de Italia/Plural Editores.

Barham, Bradford, Oliver Coomes, 1994a, Wild Rubber: Industrial Organisation and the Microeconomics of Extraction during the Amazon Rubber Boom (1860-1920), *Journal of Latin American Studies*, 26, 1: 37-72. https://doi.org/10.1017/S0022216X00018848

Barham, Bradford, Oliver Coomes, 1994b, Reinterpreting the Amazon Rubber Boom: Investment, the State, and Dutch Disease, *Latin American Research Review*, 29, 2: 73-109. https://doi.org/10.1017/S0023879100024134

Bayo, Ciro, 1911, *El peregrino en Indias. En el corazón de la América del Sur*, Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando.

Beaton, Cecil, 1971, *My Bolivian aunt: a memoir*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

Chirif, Alberto, 2004, Introducción in *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*, Carlos Valcárcel, Lima, Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.

Coímbra, Juan, Rodolfo Pinto Parada, 2016 [1946-1983], *Siringa: memorias de un colonizador del Beni / Arreando desde Mojos*, La Paz, Plural/Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Collier, Richard, 1981, *Jaque al barón. La historia del caucho en la Amazonía*, Lima, CAAAP.

Córdoba, Lorena, ed., 2015a, *Dos suizos en la selva. Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano*, Santa Cruz de la Sierra, CIHA/Solidar Suiza.

Córdoba, Lorena, 2015b, Barbarie en plural: percepciones del indígena en el auge cauchero Boliviano, *Journal de la société des américanistes*, 101, 1-2: 173-202. https://doi.org/10.4000/jsa.14384

Córdoba, Lorena, 2018, Estudio Introductorio. Esplendor y caída del auge gomero en Bolivia in *Amazonía Norte de Bolivia: Economía Gomera (1870-1940). Bases de un poder regional. La Casa Suárez*, María del Pilar Gamarra Téllez, La Paz: 19-44.

Córdoba, Lorena, 2019, White Blood, Black Gold: The Commodification of Wild Rubber in the Bolivian Amazon, 1870-1920, *Environmental History*, 24: 695-702.

Córdoba, Lorena, Diego Villar, 2015, El revés de la trama. Dos asesinatos caucheros in *Capitalismo en las selvas. Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas*

(1850-1950), Lorena Córdoba, Federico Bossert y Nicolas Richard, eds., San Pedro de Atacama, Ediciones del Desierto: 161-178.

Craig, Neville, 1907, *Recollections of an Ill-fated Expedition to the headwaters of the Madeira River in Brazil*, Filadelfia/ Londres, J. B. Lippincott Co. https://doi.org/10.2307/198970

Fawcett, Percy, 1954, *Exploración Fawcett*, Santiago de Chile, Zig-Zag.

Fifer, J. Valerie, 1970, The Empire Builders: A History of the Bolivian Rubber Boom and the Rise of the House of Suarez, *Journal of Latin American Studies*, 2, 2: 113-146. https://doi.org/10.1017/S0022216X00005095

Fifer, J. Valerie, 1976, *Bolivia*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre.

Gamarra Téllez, María del Pilar, 2018 [2007], *Amazonía Norte de Bolivia: Economía Gomera (1870-1940). Bases de un poder regional. La Casa Suárez*, La Paz.

García Jordán, Pilar, 2001, *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*, Lima, IFEA/IEP. https://doi.org/10.4000/books.ifea.3791

Guiteras Mombiola, Anna, 2012, *De los llanos de Mojos a las cachuelas del Beni, 1842-1938*, Colección Scripta autóctona 10/ Colección Jóvenes investigadores 2, Cochabamba, ILAMIS/Editorial Itinerarios/Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia.

Guiteras Mombiola, Anna, Lorena Córdoba, 2021, 'Sin indios no hay industria del caucho': los indígenas amazónicos frente a la colonización gomera, in *Un amor desenfrenado por la libertad. Antología de la historia política de Bolivia, 1825-2020*, tomo I, Lupe Cajías, Iván Velázquez, eds, La Paz, Plural Editores: 471-514.

Leutenegger, Ernst, 2015 [1940], Gente en la selva: vivencias de un suizo en Bolivia in *Dos suizos en la selva. Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano*, Lorena Córdoba, ed, Santa Cruz de la Sierra, CIHA/Solidar Suiza: 171-374.

Libro Azul Británico, 2011 [1912], *Libro Azul Británico. Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo*, Lima, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica/ Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (IWGIA).

Lopez Lage, Mônica Maria, 2010, *Mulher e seringal: un olhar sobre as mulheres nos seringais do Amazonas (1880-1920)*, tesis de maestría, Manaos, Universidade Federal do Amazonas.

Mariaca, Timoteo, 1909, Exploración al río Acre, *Colección de Folletos bolivianos de Hoy*, 3, 19: 3-32.

Morrison, Tony, Ann Brown, Anne Rose, 1985, *Lizzie: A Victorian Lady's Amazon Adventure*, Londres, BBC Publications.

Nordenskiöld, Erland, 2003 [1922], *Indios y blancos en el Nordeste de Bolivia*, La Paz, APCOB/Plural.

Pando, José Manuel, 1897, *Viaje a la región de la goma elástica*, Cochabamba, Imprenta El Comercio.

Paredes Pando, Oscar, 2013, *Explotación del caucho-shiringa: Brasil-Bolivia-Perú. Economías extractivo-mercantiles en el Alto Acre-Madre de Dios,* tomo 2, Cuzco, JL Editores.

Pau, Stefano, 2019, *Más antes, así era. Literaturas del caucho en la Amazonía peruana*, Lima, Pakarina Ediciones.

Paz, Román, 1895, *De Riberalta al Inambari*, La Paz, Imprenta El Comercio.

Roca, José Luis, 2001, *Economía y Sociedad en el Oriente Boliviano (Siglos XVI-XX)*, Santa Cruz de la Sierra, COTAS Ltda.

Sagárnaga, Elías, 1909, *Recuerdos de la Campaña del Acre de 1903. Mis notas de viaje*, La Paz, Talleres Gráficos La Prensa de José L. Calderón.

Santos Granero, Fernando, Frederica Barclay, 2002, *La frontera domesticada. Historia económica y social de Loreto, 1850-2000*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Scheibe Wolff, Cristina, 1999, *Mulheres da floresta, uma historia: Alto Juruá, Acre (1890-1945)*, Sao Paulo, Hucitec.

Scheibe Wolff, Cristina, 2011, Mulheres da Floresta: outras tantas historias, *Revista Estudos Amazônicos*, 6, 1: 21-40.

Scott, Joan, 1996, El género: Una categoría útil para el análisis histórico in *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Marta Lamas, comp., México, PUEG: 265-302.

Stoian, Dietmar, 2005, *La Economía Extractivista de la Amazonía Norte Boliviana*, Yakarta, CIFOR.

Toledo, Amelia, 2014, *De Santa Cruz a París en 1894*, Santa Cruz de la Sierra, Grupo La Hoguera.

Vallvé, Frederic, 2010, *The impact of the rubber boom on the indigenous peoples of the bolivian lowlands (1850-1920)*, tesis de doctorado, Washington, Georgetown University.

Van Valen, Gary, 2013, *Indigenous Agency in the Amazon. The Mojos in liberal and rubberboom Bolivia, 1942-1932*, Tucson, The University of Arizona Press.

Villar, Diego, 2020, *Bolivia a vapor. Antropología histórica del barco cauchero (1880-1920)*, Santa Cruz de la Sierra, El País/CIHA.

Villar, Diego, 2022, Estudio introductorio. La fe y la evidencia: vida y obra de Nicolás Armentia in *Relación histórica de las misiones franciscanas de Apolobamba y Descripción del territorio de las misiones franciscanas de Apolobamba, por otro nombre Frontera de Caupolicán*, Nicolás Armentia, La Paz, Biblioteca del Bicentenario de Bolivia 4: 11-48.

Weinstein, Barbara, 1983, *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920*, Stanford, Stanford University Press.

Woodroffe, Joseph, 1914, *The upper reaches of the Amazon*, Londres, Methuen & Co.

Lorena CÓRDOBA holds a PhD in Anthropology (University of Buenos Aires) and is currently a full-time researcher at the National Council for Scientific and Technical Research (CONICET, Argentina). She is Marie Curie postdoctoral fellow at the Ca' Foscari University of Venice. She specializes in the ethnology and ethnohistory of the Bolivian lowlands, by analyzing issues such as gender relations, kinship and social organization, as well as the impact of missionary projects and extractive industries on the indigenous societies of the Argentinian Chaco and Bolivian Amazonia.
lorena.cordoba@unive.it

This work is licensed under the Creative Commons © Lorena Córdoba
"Tenía una mujer, pero nunca la vimos". Una mirada femenina al auge de la goma elástica (Bolivia, XIX-XX)
2024 | ANUAC. VOL. 13, N° 1, GIUGNO 2024: 47-70.